

La primera novela de los guionistas de
OCHO APELLIDOS VASCOS

BORJA COBEAGA

DIEGO SAN JOSÉ

VENIRSE ARRIBA



EL AÑO QUE MI PADRE LIGÓ, BEBIÓ Y VIVIÓ DE MI ERASMUS

 Planeta

Borja Cobeaga
Diego San José



Venirse arriba

Con la colaboración de Juan Cavestany

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Borja Cobeaga, 2014
© Diego San José, 2014
© Juan Cavestany, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: octubre de 2014
Depósito legal: B. 20.921-2014
ISBN: 978-84-08-13254-7
Preimpresión: Víctor Igual, S. L.
Impresión: Rotapapel
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

—¡Orgasmus!

Miguel soltó la palabra clave como quien planta sobre la mesa la carta ganadora que pone la partida patas arriba.

Pero nada. Silencio. La única sonrisa que provocó entre los asistentes a la fiesta era la suya propia, que de hecho ya le estaba costando bastante esfuerzo mantener.

Miguel Roncero no era delgado porque hiciera dieta o fuese al gimnasio. Ni siquiera tenía que ver con su metabolismo. Eran los nervios. Así su nariz no era especialmente grande, pero lo parecía, y sus piernas no eran demasiado largas, pero parecían dos alambres. Y ahora se estaba poniendo muy nervioso.

¿Cómo podía ser que ese juego de palabras que tanta gracia hacía en la Universidad de Oviedo, antes de irse de erasmus, no funcionara en Ámsterdam? No podía ser. Había que volver a intentarlo.

—¡Or-gas-mus!

Esta vez marcó bien las sílabas. Era como utilizar un desfibrilador para resucitar chistes muertos. Silencio. Que alguien se riera, por favor, aunque solo fuera por un efecto colateral del alcohol o por compasión. Pero no reía absolutamente nadie. Y lo que es peor, no reía Marion.

Esa mañana, mientras se dirigía en bici al Lidl que había al otro lado del Sarphatipark, al oeste de la ciudad, ya se le había pasado por la cabeza que esa fiesta podría acabar

en desastre. Sobre la mesa, el plan parecía incontestable: una celebración de temática española con vino de la Tierra de Castilla y un jamón serrano envasado que guardaba desde su última visita a España en Navidades. Para no quedarse corto a ojos de Marion, también iba a sacar tres tabletas de turrón para el centro, aunque estuvieran en mayo. Adquirió en el Lidl un queso que sin etiqueta podría parecer manchego y un embutido en barra de Rumanía con la esperanza de que pasara por fuet, siempre que ninguno de los asistentes conociera el fuet, claro.

—Es que *orgasmus* en castellano suena como si mezclas *Erasmus* con *orgasmo*, ahí está el quid de la cosa —trató de explicar. Cuando se juntaban estudiantes de varias nacionalidades, se hablaba inglés—. *Orgas* de *orgasmo* y el *mus* es el final de...

—Te hemos entendido —intentó zanjar Fernando, su compañero de piso, un chaval de Huelva con patillas de bandolero que le daban un aspecto canalla y un inconfundible aire latino.

—Quedaos con el juego de palabras porque cuando lo pilléis os va a entrar la risa con efecto retardado —insistió—. Bueno, técnicamente no es un juego de palabras porque es solo una...

Alguien se rio un poco, lo cual a estas alturas ya era casi peor. Parecía que la fiesta no podía empeorar, pero sí, en ese momento empezó a sonar una baladita de Chambao.

—¿Qué te pasa? Estás tenso.

En cuanto se disolvió el corrillo, Fernando aprovechó para interrogar a su compañero de piso.

—No teníamos que haberla hecho hoy, te lo dije. Por culpa del partido de fútbol hay gente que no ha venido. —Miguel trataba de justificar el más que patente fracaso de la fiesta.

—¿Qué partido?

—Hoy se decide la Liga holandesa, es el partido del si-

glo. El Ajax contra no sé quién, bueno, no sé si es el Ajax, pero alguien así. Por eso no ha venido más gente.

—No, no es por eso. Es porque los italianos han organizado otra fiesta. Han alquilado una barca con karaoke portátil y llevan toda la tarde por los canales —soltó Fernando convencido de que su fiesta no podía competir con esa bañaca flotante.

—La próxima vez que hagamos una fiesta, que no coincida con la Liga holandesa, te lo pido por favor.

—No sé si vamos a hacer más fiestas, Miguel.

Esa era una de las dos frases que menos quería escuchar Miguel esa noche.

—Y relájate un poco, que me parece que Marion se está aburriendo.

Y esta era la otra.

Fernando y él cursaban el tercer año de Empresariales en Ámsterdam con una beca del Plan de Acción de la Comunidad Europea para la Movilidad de Estudiantes Universitarios, más conocido como programa Erasmus. Cuando Miguel se planteó irse a estudiar fuera, sus primeras opciones fueron Londres, Dublín y Manchester, pero, aunque se tiró dos cursos estudiando para conseguirlo, no le dio la media. Este contratiempo lo maquilló diciendo a sus amigos que había elegido Ámsterdam por su ambientazo canalla y la fiesta loca. Por eso, el primer día que visitó el apartamento con dos habitaciones, cocina integrada en el salón, suelo de tarima flotante y varios muebles sin alma de Ikea, se imaginó cientos de fiestas sin fin que se solapaban entre sí. Ocho meses después, esta era la primera y tenía pinta de estar acabando.

Y eso era lo único bueno que le podía pasar a esa fiesta: que dejara de ser una fiesta y se allanara el camino para quedarse a solas con Marion, esa compañera francesa de la facultad con la que llevaba ya un tiempo teniendo una «relación». Él mismo hacía las comillas en el aire cuando se lo explicaba a sus amigos.

La atracción fue mutua desde el momento en que ambos coincidieron en una apasionada defensa de la Teoría del empleo, de John Maynard Keynes, frente al sector friedmanita durante un debate en la Facultad de Empresariales. Marion era el tipo de persona que aseguraba tener «una fe ciega en la bondad del ser humano», pero a diferencia de muchos que solo habían leído cosas así en la solapa de algún libro de Paulo Coelho, ella lo demostraba en la práctica con un optimismo irresistible. En su trato con los demás, engrandecía siempre a su interlocutor, que después se iba con la sensación de ser mejor persona. Miguel, más escéptico y confundido, nunca había conocido a nadie así. Alguien cuya constante alegría no le resultara un delirio gratuito.

Marion lo tenía todo. Una personalidad arrolladora, un sentido del humor puñetero y un novio en París con el que llevaba saliendo un par de años.

Claro, que Miguel también mantenía su novia del instituto en Asturias: Cova, una chica de Mieres que trabajaba en una perfumería Juteco mientras se sacaba un módulo de higienista bucodental. La existencia del novio francés y de Cova dejaba a Marion y a Miguel con las mismas posibilidades de dar rienda suelta a su incipiente «relación» (siempre con énfasis en las comillas). Es decir, ninguna.

—Estás tenso por Marion —afirmó Fernando.

—No —espetó Miguel, confirmando a su compañero que, efectivamente, era por eso.

Marion había llegado con sus dos compañeras de piso: una francesa muy tímida y otra belga, a las cuales Miguel visualizaba como dos obstáculos que debía despejar de su camino lo antes posible. Danielle y Sophie respondían al tópico de Guardia Pretoriana de la chica guapa: cuchicheando, controlando el perímetro y, sobre todo, escoltando a Marion como si fuera su nave nodriza. Miguel le ofreció a la belga un poco del embutido rumano.

—Se llama *fuet*. Es un embutido típico de Cataluña, bastante caro, por cierto —explicó Miguel.

Sophie cogió una rodaja y se la llevó a la boca.

—Está bueno —dijo—. ¿Sabías que en Rumanía hacen un salchichón muy parecido a este? Pero allí es barato.

—¿Ah, sí? Primera noticia que tengo.

Luego le ofreció a Marion, aunque no quiso probarlo.

También andaba por allí Matthijs, un profesor de Contabilidad de la Facultad de Empresariales al que Fernando había insistido en invitar para «hacer buenas migas». De momento el señor holandés de frente ancha y aspecto de haber sido funcionario desde párvulos se había apretado una tableta de turrón del duro y ahora empezaba con el de frutas confitadas. El séptimo del grupo era Kifimbo, un keniatá que nadie sabía qué estudiaba ni qué pintaba allí, pero que Miguel no se había atrevido a echar de casa por no parecer racista. Obviamente, los demás erasmus habían preferido irse a la fiesta de los italianos.

—Seguro que la gente viene cuando acabe el partido de fútbol —dijo Miguel con la única esperanza de acabar convencién­dose a sí mismo.

Él no era muy futbolero, a pesar de haber presenciado en su momento el ascenso a Segunda B del Caudal Deportivo, el equipo de Mieres. Tenía once años y no entendía por qué su padre le llevó al campo a rastras. Sentado en el estadio Hermanos Antuña, Miguel comprendió que su padre había insistido tanto en llevarle para poder disimular dos bengalas pesqueras dentro de su anorak infantil. La celebración por lograr el campeonato de la Tercera División le parecía desproporcionada, ya que en realidad ni siquiera era literalmente la Tercera División. Era la cuarta, porque había dos segundas. Aun así, no volvió a ver a su padre celebrar nada más. De hecho, llevaba casi dos años sin verle y varios meses sin saber nada de él.

—Que la gente venga cuando quiera, ¡aquí nos lo esta-

mos pasando mejor que en ningún otro sitio! —zanjó Marion lanzándole una sonrisa a Miguel. Luego se zumbó un chupito de vodka a su propia salud. La francesa era conocida también en las fiestas Erasmus por su alta tolerancia al alcohol y su inmunidad a la resaca.

De golpe, esa sonrisa de Marion consiguió que a Miguel ni le importara que estuviera sonando Café Quijano. Tampoco que Kifimbo, que bailaba *La Lola* moviendo más músculos de los que usaría Miguel para huir de un incendio envuelto en llamas, se estuviera adueñando de la fiesta.

—También me sé un chiste con un keniatá —dijo Miguel—. Pero es en español, y en inglés no funciona, así que no puedo contarlo. No es nada incorrecto ni ofensivo, es simplemente que no se puede traducir. Si pudiera contarlo en inglés, cosa que no se puede, lo contaría y os daríais cuenta de que no tiene connotaciones negativas de ningún tipo y, en concreto, no tiene nada de racista.

Después de algunas citas como amigos, a los dos meses de curso Miguel y Marion habían paseado de noche por los canales del centro de Ámsterdam. De todos los puentes, el que más le gustaba a Miguel era el de Kloveniersburgwal, quizás no porque fuera objetivamente el más bonito, sino porque mirando las casas flotantes sobre el río Amstel había fantaseado con prorrogar su vida lejos de Asturias de manera indefinida. En aquellos paseos le gustaba imaginar lo que Marion estaría imaginando. Se imaginaba a la francesa imaginando que le gustaría pasar el resto de sus días junto a él regentando un negocio propio, por qué no un Bed and Breakfast sobre el agua. El subidón provocado por tanta fantasía de la fantasía ajena armaba de valor a Miguel y acababa acercando su mano para agarrar la de Marion. Pero entonces la expresión de Marion se oscurecía, bajaba la mirada y negaba con la cabeza. Se soltaban de la mano y cada uno se ponía a pensar en sus respectivas y lejanas parejas. Marion, en su novio parisino, Jean Pierre. Y Miguel, en

Cova. Bueno, Miguel fingía pensar en Cova, para no parecer un insensible ante la única persona que de verdad le sacudía por dentro en ese momento.

Por el equipo de música empezó a sonar a todo trapo un tema pop estomagante interpretado por un dueto femenino con acento del III Reich. Miguel comprobó que alguien había puesto en Spotify una playlist de las canciones ganadoras de todas las ediciones de Eurovisión, con artistas tan populares como ABBA, Massiel o Celine Dion y otros que solo disfrutaron de sus quince minutos de fama, como Brødrene Olsen, Sertab Erener o Teach In.

—Pero ¿quién ha puesto esta bazofia? —gritó Miguel a los presentes lanzándose sobre el ordenador para cambiar la música.

—¡He sido yo y no se te ocurra quitarlo! —contestó Marion mientras le hacía cosquillas para alejarle del Spotify.

Miguel no recordaba, o mejor dicho había querido borrar de su mente, que en alguna ocasión ella le había confesado ser muy fan de Eurovisión. Por algún motivo absolutamente inexplicable, esta afición era compatible con su buen gusto en otros frentes.

En vez de quitar la canción, Miguel pidió disculpas a toda prisa, la puso más alta y aprovechó para llevarse a Marion a una esquina.

—¿Qué tal estás? —le preguntó en inglés.

—Fenomenal —contestó ella.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Pues nada, seguir aquí, en la fiesta, todo lo que dure.

—Ya, pero digo después.

—No sé, ¿hay plan? ¡El plan que haya, yo me apunto!

—exclamó Marion apretándose el enésimo chupito.

—No hay nada, que yo sepa —dijo Miguel intentando que sonara a indirecta.

—¿Entonces?

—No lo sé, ¿me estás proponiendo algo?

—¿Te pasa algo? —preguntó ella al advertir cómo Miguel se mordía nerviosamente el labio inferior y lo disimulaba dando tragos a un vaso de plástico que llevaba un rato vacío.

Un pequeño revuelo en el salón rompió su intimidad. Kifimbo, que a estas alturas ya iba bastante cocido, había salido al balcón y pretendía saltar a una cama elástica de muy poco diámetro que algún niño se había dejado sobre el césped que rodeaba el edificio de apartamentos. Fernando pretendía grabarlo con el móvil.

—¿Qué coño hacéis? —gritó Miguel.

Pero era demasiado tarde. El resto de los asistentes, ya muy animados por la mezcla de las bebidas nacionales de España y Holanda, jaleaban al keniatá, que pegó un brinco, cayó en la cama elástica y rebotó en ella grácilmente, para aterrizar con suavidad en la hierba.

Estaban en un primer piso y lo máximo que podía pasar era que alguien cayera mal sobre la cama elástica y se torciera un pie. Sin embargo, lo que Miguel más temía era molestar a los vecinos del pacífico bloque de viviendas y contribuir por tanto a esa opinión generalizada —e injusta, a su parecer— de que el programa Erasmus no era más que una excusa para que los universitarios de Europa se pudieran ir de fiesta a desparramar en el extranjero. Pese a noches como esa, que eran la excepción, Miguel se tomaba muy en serio los estudios de Empresariales que había iniciado para esquivar el destino que le habían marcado. Su abuelo, ahora con fibrosis pulmonar, había sido minero, su padre también, y Miguel no tenía la menor intención de acabar sus días como ellos, sacrificando su salud por un sector que además estaba enfermo.

Animados por Fernando, todos los presentes empezaron a corear el nombre del anfitrión.

—¡Mi-guel! ¡Mi-guel! ¡Mi-guel!

—Vale, ya está bien, ya habéis hecho el ganso un rato, ahora cerrad la ventana.

—¡MI-GUEL! ¡MI-GUEL! ¡MI-GUEL!

—No puedo liarla hoy también, ya estoy teniendo problemas con los vecinos por fiestas que ando montando aquí cada dos por tres, con mucho escándalo y muchas movidas.

Era mentira, obviamente, pero necesitaba algo para no parecer un cobarde delante de Marion. La negativa de Miguel a participar en el *balconing* solo hacía aumentar las ganas de sus amigos y en pocos segundos se vio sentado en la barandilla del balcón. La altura era muy escasa, pero aun así no se atrevía.

—No puedo, de verdad —susurró con ganas de vomitar.

—¿Qué dices? —preguntó Fernando.

—No seas cobarde —insistió el keniano, que acababa de subir corriendo las escaleras.

—No es por cobarde.

—¿Estás llorando? —preguntó su compañero de piso al notarle los ojos más brillantes.

—¡Claro que no estoy llorando! —gritó Miguel mientras se sacudía las manos que querían empujarle y miraba de reojo a Marion. Ella estaba en una esquina del salón y le miraba con sus ojos azules, tentadores, pletóricos.

—Vamos, Miguel —dijo la francesa añadiendo una sonrisa irresistible—. Si te lo piensas tanto, es peor.

Y Miguel estaba ya en el aire, en dirección a la cama elástica. El trayecto vertical duró una fracción de segundo en el sistema métrico convencional, pero una eternidad en la boca de su estómago. Le dio tiempo a visualizar el trompazo que iba a darse, el trayecto a Urgencias y su coronación como *trending topic* mundial cuando alguien colgara el vídeo. A imaginarse tetrapléjico y hasta alegrarse de que, al menos, todo esto le ocurriera en Holanda, donde le sonaba que la eutanasia estaba contemplada como opción legal. Cuando ya estaba recordando el día que fue al cine a ver *Mar adentro*, Miguel rebotó en la goma y cayó en el césped de forma casi elegante. Por un instante se imaginó a un

gimnasta cubano recibiendo tres nueves y un diez por parte del jurado. Y el diez era de Marion, tenía que ser de ella. Luego, corrió escaleras arriba y se preguntó por qué se había imaginado a un gimnasta cubano y si eso le convertía en racista.

Al entrar al salón, Miguel anunció entre aplausos que no era para tanto, que en la anterior fiesta habían saltado desde la azotea. Dicho esto, fue al cuarto de baño a vomitar la tortilla española que había preparado Fernando.

Una vez subida a Youtube la sesión de *balconing*, el evento se fue desinflando con la marcha de Danielle, que pretendía ponerse a estudiar. Kifimbo anunció que tenía que irse también a estudiar, pero en su caso «a estudiar el ambiente del Barrio Rojo». Rápidamente Miguel convocó a Fernando a un aparte y le preguntó si no le importaba irse también por ahí un rato para dejarle a solas en el piso con Marion.

—¿Vas a intentar algo con ella? Ya era hora.

—No voy a intentar nada, ¿intentar qué?

Llevaba semanas esperando ese momento y desde hacía un par de horas iba al cuarto de baño cada dos por tres a echarse agua en las axilas. Por la mañana había cambiado las sábanas y se había cortado las uñas de los pies, por lo que pudiera surgir. Aun así, negar que lo tenía todo calculado era una manera de mitigar un posible batacazo.

—Claro que no voy a intentar nada, Fernando, no me jodas, te he hablado de Cova muchas veces —se justificó Miguel.

—No sé por qué te pones así, si sabes que quiero que te vaya de la hostia.

—Solo quiero hablar con ella.

—Pues entonces me quedo.

—Voy a hablar mejor si estamos solos, eso sí.

—Mira, me voy a ir, pero que conste que lo hago por pura amistad y sin esperar nada a cambio —dijo Fernando.

—No esperaba menos —sonrió Miguel.

—Pero de forma igualmente altruista tú me tienes que dejar el piso para mí solo mañana y otra noche más adelante que ya te diré.

No parecía mal trato. Cuando Fernando anunció que se iba con Matthijs «a tomar el aire», Sophie se percató de la maniobra y casualmente se encaminó a la puerta alegando que tenía cosas que hacer. En cuestión de minutos, por fin Miguel y Marion estaban a solas. Miguel probó suerte con una *playlist* romántica de Spotify esperando que la noche empezara a mejorar. No fue así, saltó una de Melendi.

—Por fin a solas —suspiró.

Marion le devolvió una sonrisa juguetona y dio un trago a su bebida, pero luego miró su reloj como si planeara irse en breve.

—Me gustaría que habláramos —dijo Miguel.

—¿Hablar de qué?

—¿Vienes a la habitación y te lo cuento?

—Dime sobre qué es.

—Sobre nuestra «relación» —dijo Miguel.

—Me cansa un poco cuando haces ese gesto de las comillas con las manos todo el rato.

—Entonces déjame que diga la palabra sin comillas.

—Miguel, por favor. Los dos sabemos que de momento no podemos hacer otra cosa. —La cara de Marion parecía resplandecer incluso dando malas noticias.

—No, de lo que hemos hablado alguna vez es de no ser infieles.

—Es lo que estoy diciendo: no seamos infieles. Es demasiado vulgar.

—Pero ser infiel es poner los cuernos a tu pareja a sus espaldas —empezó a razonar él—. Y aquí no estamos a sus espaldas, sino a muchos kilómetros de distancia. Estando de erasmus no se es infiel, es otra cosa, no sé qué, pero no es poner los cuernos.

Miguel había preparado esa argumentación durante las últimas semanas para justificar ante sí mismo un posible escarceo con Marion. Ahora quería que ella se adhiriera a su enrevesada teoría, que ni siquiera él mismo se creía del todo. Algunas veces, mientras le daba forma en su cabeza, había tenido miedo de que sonara quizás un poco inconsistente. En cambio, ahora que por primera vez lo escuchaba en voz alta, estaba seguro de que era absolutamente patética.

—No me suena de nada haber leído eso en el folleto de Erasmus —replicó Marion con humor. Miguel le miraba los dientes y se preguntaba cómo podía tenerlos tan blancos y perfectamente alineados—. Pero, sea como sea, yo no quiero engañar a Jean Pierre.

—Esto no es engañar, te digo —insistió Miguel incapaz de darse por vencido—. Cuanto más lejos estás de tu novio, menos infiel eres. ¿Ponerle los cuernos con él delante en la misma fiesta? Muy infiel, máximo nivel. ¿Liarte con alguien en una despedida de soltero en otra provincia? Infiel, no digo que no, pero no me compares con lo de la misma fiesta. Ahora, ya a este nivel que estamos aquí, ni es infidelidad ni es nada.

—¿Me estás diciendo que si me lío contigo estoy siéndole yo más infiel a Jean Pierre que tú a Cova? —preguntó Marion provocando un largo silencio de Miguel—. Lo digo porque Francia está más cerca que España.

Miguel se había metido él solito en un callejón y decidió salir de él con otro «argumento», también entre comillas.

—Es como si me dijeras que le estás poniendo los cuernos a tu profesor de Macroeconomía en París porque aquí en Ámsterdam estás yendo a las clases de otro. Para esto se inventó el Erasmus, para experimentar, tener vivencias...

—Miguel, podríamos haber tenido un lío de una noche y que la cosa quedara ahí —explicó ella—, pero los dos sabemos que hay algo más. Por eso soy tan precavida. Porque

me conoces, y creo, estoy segura, que lo nuestro puede terminar bien.

—Ya, pero es que el Erasmus está a punto de acabar, Marion, y no quiero que se quede en esto.

Si el dominio de un idioma es la distancia entre lo que realmente quieres decir y los matices que puedes utilizar para no decirlo, estaba quedando claro que Miguel no dominaba el inglés y, por tanto, estaba yendo al grano con la sutileza de una bola de demolición.

—Ninguno de los dos quiere que esto se quede en una noche —dijo Marion cogiéndole la mano, tal vez porque Miguel le había recordado que la beca se estaba terminando o porque era la quinta sangría que se tomaba.

Miguel miró sus manos cogidas y se planteó si no le compensaría justo eso: llegar hasta el final con Marion ya mismo y luego olvidarse, en vez de haberse metido en este lío sentimental que ahora no iba ni para adelante ni para atrás. Llegó a valorar sobre la marcha si proponerle a Marion echar un polvo esa misma noche y luego zanzarlo todo, si eso a ella le parecía bien, como al parecer había insinuado. Pero no, lo cierto es que no iba a parecerle bien. Y de hecho, tampoco es lo que había insinuado.

Y en ese momento, de manera absolutamente inesperada, Marion se acercó para besarle en la boca. Fue como un primer beso. No entre ellos, que también lo era, sino como un primer beso en general porque era torpe y desacompañado, aún fruto de la improvisación con la que había surgido todo. Lo inesperado del beso, unido a los cinco meses que llevaba Miguel sin besar a nadie, le hacían parecer una trucha dando bocanadas en la orilla. Y fue en ese momento en el que se dio cuenta de que lo importante no era el beso en sí, sino que estaba ante la señal que indicaba la salida de la rotonda en la que llevaba meses dando vueltas. Pero para tomar la salida que le llevaba a algo más serio con Marion, necesitaba hacer un movimiento en el que,

ahora sí que definitivamente, se jugaba el todo por el todo con ella.

El cerebro de Miguel envió un mensaje que en décimas de segundos llegó hasta su boca. Allí la lengua recibía la misión de abandonar la comodidad de su paladar para lanzarse a lo desconocido, como quien lanza una sonda en busca de agua en Marte. Sin tiempo para recibir una despedida con honores de quien se va a la guerra sin saber si va a volver, la lengua de Miguel se asomó con timidez en la boca de Marion con la esperanza desesperada de provocar alguna reacción, por tibia que fuera.

—Es muy tarde, vamos a acostarnos, anda —dijo Marion retirándose de inmediato. Luego ella añadió, de camino al dormitorio, que «sin hacer nada, por favor».

Tumbados en la cama de Miguel, con la ropa puesta, ella con la cabeza apoyada en el pecho de él y él enredando sus dedos en la melena rubia de ella, pensó que quizás debería alegrarse, porque esto era lo más lejos que habían llegado en cuatro meses de «relación». Poco a poco Miguel percibió que la respiración de Marion se ralentizaba. Después se quedó dormida. Notaba el calor de su rostro en su pecho y no quería dejar de sentirlo nunca.

Mirando al techo de su habitación en silencio, pensó de golpe en Cova y tuvo la certeza de que iba a pasar la noche en blanco.

También pensó que al final no se había enterado de qué equipo había ganado la Liga holandesa. Pero no le interesaba demasiado.